

INTRODUCCIÓN

En este libro san Pedro es nuestro guía. Tomando pasajes de la Biblia que relatan acontecimientos de la vida del santo apóstol, generalmente con Jesús, podemos extraer valiosas lecciones sobre lo que significa seguir a nuestro Señor. Si pensáis en ello —y yo llevo muchos años haciéndolo— las palabras de san Pedro nos proporcionan mucho sobre lo que reflexionar y son poderosas iniciadoras de plegarias. Albergo la esperanza de que al reflexionar conmigo sobre estos acontecimientos de la vida de Pedro os acerquéis a él y, por consiguiente, os acerquéis a Jesús.

Pensad tan solo en algunas de las cosas que dijo Pedro; son oraciones muy poderosas:

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.

Señor, bueno es estarnos aquí.

Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.

¡Señor, sálvame que me ahogo!

Señor, no solo los pies, sino hasta las manos y la cabeza.

Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.

No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te lo doy: En nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar.

Pedro, por toda su torpeza y pecaminosidad, por toda su cobardía y orgullo, constituye un tremendo ejemplo para nosotros.

El ejemplo de san Pedro

En 1994, durante mi primer año como rector del Pontificio Colegio Norteamericano de Roma, tuvimos un gran director espiritual. De modo que me llevé una sorpresa cuando una noche se acercó a mí preso del pánico y me dijo: «Tim, tengo que dimitir».

Yo respondí: «Siéntese, padre».

«Tengo que dimitir —repitió—. Acabo de traicionar la confianza de uno de los estudiantes. Eso es algo muy grave para mí, en calidad de director espiritual, y es obvio que mi integridad y credibilidad quedarán arruinadas; debo renunciar. Tengo que dimitir».

Hacia un par de horas que otro sacerdote del personal me había explicado el incidente en cuestión. Lo que había ocurrido era que ese sacerdote había expresado su preocupación por un estudiante mientras secaba los platos junto con el director espiritual en la cafetería de la facultad. Sin mala intención, el director espiritual había revelado que el problema que le preocupaba al otro cura era, de hecho, cierto. En calidad de director espiritual del estudiante le dijo al otro sacerdote con el propósito de tranquilizarlo: «No te preocupes. Estamos trabajando en ello. Estará bien».

También estaba al tanto de que antes de venir a verme, el director espiritual había ido a hablar con el estudiante en cuestión y le había pedido disculpas. Este le había respondido: «No entiendo por qué estás tan disgustado. No te preocupes por ello. No tiene ninguna importancia».

El «ello» al que se referían no era nada excesivamente serio; es decir, no era nada explícitamente sexual o realmente inmoral, tan solo una falta relativamente pequeña. Pero este sacerdote era un director espiritual tan profesio-

nal que, cuando sintió que había traicionado la confianza del estudiante —aunque este le hubiera dicho que no había nada de lo que preocuparse—, se quedó tan desolado que sintió que no le quedaba más remedio que dimitir.

Le miré y le propuse: «Amigo mío, hazme un favor. Démonos veinticuatro horas para pensar sobre el tema. ¿Por qué no te tomas mañana el día libre?» Metí la mano en el bolsillo y le di las llaves de mi coche. No muchas personas disponían de un coche en Roma, pero yo tenía acceso a uno en calidad de rector. «Coge el coche y ve a Asís», le sugerí. Sabía que le encantaba Asís, el pueblo de san Francisco. «Sal a primera hora de la mañana. Conduce hasta Asís y pasa allí el día. Puedes quedarte a pasar la noche si te apetece. Yo lo pagaré. Ya me darás las facturas. No te precipites, simplemente».

El director espiritual contestó: «Vale. Eso haré».

Al día siguiente, lo vi de repente a la hora del almuerzo; y más tarde se pasó por mi despacho.

«Aquí tienes las llaves del coche —dijo—. No necesité ir a Asís. Estaba tan enfadado que no me sentía capaz de conducir, de modo que me acerqué andando hasta la Basílica de San Pedro. He ido esta mañana muy temprano, antes de que fueran los peregrinos. El sitio estaba vacío». (Si alguna vez vais a la Basílica de San Pedro antes de las 9.00 de la mañana, descubriréis su verdadera índole: se trata de una iglesia, no de un museo). «Fui a confesarme», siguió diciendo —lo que pudo hacer, ya que los confesores franciscanos están disponibles de 7.00 a 9.00 de la mañana— «y después, simplemente me dirigí a la tumba de san Pedro y pasé un rato rezando. Al mirar hacia el altar de san Pedro que hay sobre la tumba del apóstol, me di cuenta de quién estaba allí enterrado y pensé, ‘Este hombre negó a Jesús tres veces

en el momento en que Él más lo necesitaba. Este hombre cometió un pecado horroroso, un pecado muy grave, negó tres veces a su mejor amigo, al Maestro, al salvador del mundo. Sin embargo, fue de los primeros en llegar a la tumba vacía. El primero en predicar la resurrección el domingo de Pentecostés. Este hombre fue el primer papa. Este hombre vino a Roma. Fue el obispo de Roma. Y sobre la tumba de este hombre, crucificado boca abajo en este cerro llamado Vaticano, se eleva el mayor edificio de la cristiandad».

Y siguió diciendo: «Si Jesús pudo utilizar a ese patán torpe y pecador llamado Pedro, obrar semejantes milagros y transformar su persona y su alma con tal gracia, entonces ¡caray!, también puede hacerlo por mí».

Nunca le olvidaré manifestando algo así.

A eso llamo yo tener un encuentro con san Pedro, con el poder del ejemplo de san Pedro. El director espiritual permitió que san Pedro le aconsejara, y a eso mismo os quiero invitar al leer este libro: dejad que el apóstol Pedro se convierta en imagen viviente de lo que Dios puede obrar en vuestra vida.

«Interpretad» el papel de san Pedro

Me gustaría citar al padre Raymond Brown, uno de mis autores favoritos, que escribió un libro sobre san Pedro. Así es como Raymond Brown lo describe:

Pedro. He aquí un hombre que conocía tan bien a su Señor que pudo pasar por encima de su cuantiosa debilidad, impetuosa, cobardía, orgullo, ira, mezquindad; aceptar el poder y la misericordia de su Maestro y llegar el primero a la

tumba vacía, el apóstol principal, el líder y la roca sobre la que Cristo edificó su Iglesia.

En esto consiste el poder de san Pedro.

En este libro os voy a pedir que paséis un rato con Pedro, que os situéis a su lado cuando Jesús le dice: «Boga mar adentro». Os voy a invitar a estar al lado de Pedro:

- Mientras oye cómo el Maestro le invita: «Ven conmigo y os haré pescadores de hombres».
- En tanto se queda sin habla cuando Jesús le pregunta, no una vez ni dos, sino tres veces: «Simón, ¿me quieres?»; y él responde con tristeza: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero».
- Mientras revoca su terquedad durante la Última Cena y susurra: «Señor, no me laves solo los pies, sino hasta las manos y la cabeza».
- En tanto el Señor le corrige echándole una reprimenda: «¡Quítate de mi vista, Satanás!»
- Mientras cae de rodillas ante Cristo e implora: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador».
- Cuando manifiesta: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».
- Cuando desafía a Jesús: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas»; y entonces pierde la fe y, cuando comienza a hundirse, grita: «¡Señor, sálvame!»
- Cuando responde a la pregunta que nuestro Señor les formula sobre si también los discípulos van a abandonarlo: «¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».
- En tanto ese primer Pentecostés le dice al mendigo junto a la puerta del templo: «No tengo plata ni oro;

pero lo que tengo, te lo doy: En nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar».

Siempre me ha gustado mucho el Oficio de Lecturas de la Liturgia de las Horas de la festividad de santo Tomás Moro, donde se lee el pasaje tomado de la correspondencia entre el santo y su hija, Margaret. Recordad: Margaret escribió a su padre a la Torre de Londres y le pidió: «Papá, por favor, desiste. Cede. Haz lo que quiere el rey. No vale la pena. Salva tu vida. Te necesitamos». Y santo Tomás Moro responde a su querida hija, Meg:

Nunca desconfiaré de Él, Meg; aunque me sienta desmayar; sí, aunque sintiera mi miedo a punto de arrojarme por la borda, recordaré cómo san Pedro, con una violenta ráfaga de viento, empezó a hundirse a causa de su fe debilitada, y haré como él hizo: llamar a Cristo y pedirle ayuda. Y espero entonces que extienda su santa mano hacia mí, y en el mar tempestuoso me sostenga para no ahogarme. Sí, y si me permite que vaya más lejos con el papel de san Pedro y caiga del todo por el suelo, y que jure y perjure también (de lo que nuestro Señor por su tierna compasión me libre: y me deje perder si eso ocurre, y jamás gane por ello), aun así confiaré que su bondad echará sobre mí su tierna mirada llena de compasión, como hizo con san Pedro.

Eso es lo que os pido que hagáis. Interpretad a san Pedro. San Ignacio de Loyola recomienda en sus *Ejercicios espirituales* que reflexionemos sobre la Biblia. Me gustaría parafrasear aquí cómo dijo que debíamos hacerlo:

En primer lugar, tomad un capítulo de la Sagrada Escritura. Escoged una escena de los evangelios o de cualquier

parte de la Biblia y dad rienda suelta a vuestra imaginación. Entrad en él. Haced que el episodio cobre vida imaginando que estáis allí. Simulad que formáis parte del mismo. (Si alguna vez habéis hecho un retiro ignaciano de ocho días o los *Ejercicios espirituales* de treinta, sabréis que eso es lo que se hace. Vuestro director os propone pasajes de la Biblia y, de un modo u otro, os pide que «reflexionéis sobre ellos», lo que significa simplemente que imaginéis que estáis allí).

En segundo lugar, prestad atención a lo que suceda. ¿Quién está allí? ¿Cómo os sentís? ¿Qué le estáis diciendo a Jesús? ¿Qué le decís a María? ¿Qué estáis diciéndoles a los apóstoles? ¿Y ellos a vosotros?

Eso es lo que os pido que hagáis con este libro, que lo utilicéis como ayuda para la contemplación, de igual modo que san Ignacio nos enseñó a contemplar; y que lo hagáis con san Pedro. En cada capítulo de este libro examinaremos un episodio diferente relacionado con él, un acontecimiento distinto en la vida del príncipe de los apóstoles y, con Pedro, haremos todo lo que podamos por acercarnos tanto a Jesús como él hizo.